Movimiento

Nacionalista

Revolucionario

¡VIVA BOLIVIA!

Movimiento Nacionalista Revolucionario

Sus bases y principios de acción inmediata

Consecuencia del imperialismo y de la guerra del Chaco.

Han transcurrido diez años desde el 17 de Julio de 1932. La guerra no fué un accidente pasajero. Dejó 50 mil muertos en el Chaco y un saldo de transtornos para el tiempo de paz. Sobrevivimos al desastre y tratamos de reconstituir nuestro destino rindiendo a la Patria el tributo del trabajo. Pero no encontramos en nuestra propia tierra campo abierto para aspirar la vida ganándola con nuestro esfuerzo, sino barreras de obstáculos, desconcierto pavoroso, desconsuelo irritante y desesperación.

La adversidad nos ha endurecido; nos ha enseñado a ver y a resolver sobre la marcha. La trágica hoguera del sacrificio ha cristalizado en nuestras conciencias. Entre la anteguerra y la postguerra queda un rojo punto fúlgido que delimita dos épocas separadas y unidas como la causa y el efecto. Sabemos que somos víctimas del pasado; pero también que en el presente debemos asumir la responsabilidad del porvenir.

Somos una fuerza viviente que reacciona contra el imperialismo. Somos una consecuencia de la guerra del Chaco. Después de la pérdida del litoral, ninguna catástrofe tuvo en la historia de la república poder convulsivo más tremendo, resultados tan vertiginosos y corrosivos ni nada sacudió tan hondamente el alma nacional. El poder de nuestra reacción debe corresponder a la magnitud del desastre.

La desgracia nacional subsiste como una brecha abierta que hoy es incurable. Nos conducen los mismos hombres que encarnan los errores de los últimos 40 años, con los mismos sistemas que precipitaron tres derrotas. Continúan detentando el gobierno como irresponsables. Porque así como no supieron dirigir al país para hacer frente a tres invasiones armadas, dan ahora paso a la invasión que no se resiste con las armas; a la dominación silenciosa que merma la soberanía succio-

nando la riqueza, preparando la esclavitud con el préstamo y la hipoteca, y dejando entretanto los vacíos abiertos en nuestras minas para sepultura de la raza explotada.

Pedazos de las entrañas de la Patria, tan preciosos como los territorios que perdimos en la guerra, son los minerales que entregamos al extranjero. Pero tienen además hoy un valor vital imponderable. El valor de la substancia que urge a nuestras necesidades inmediatas para nutrirnos con sus beneficios y disponernos a encarar los problemas del porvenir.

Hoy y no mañana debemos afirmar nuestra existencia material y nuestra soberanía, en un supremo esfuerzo para sacudir el yugo de la colonia envilecida. Hoy pues se organiza, con desesperada urgencia, el MOVIMIENTO NACIONALISTA REVOLUCIONARIO.

Nos debemos a las responsabilidades de este instante, a la tarea de rectificación que demandan las realidades de nuestro tiempo, a la lucha por el presente y por el futuro para que no nos maldiga la posteridad.

Nuestra acción debe ser inmediata, impostergable, decisiva y salvadora. Pero si es forzoso prefijar las ideas para luchar como entidad organizada y construir con certeza nuestro destino, acometamos la empresa descubriendo en el largo camino de la república los indicios de la verdad orientadora. Y no será fallida ni estéril la teoría que alumbre nuestra acción política, si las verdades que enuncia son confirmadas por la historia de nuestra propia Patria. Y finalmente, será el poder de nuestro instinto vigilante la flecha que nos señale el camino que debemos seguir para salvarla.

REALIDAD, ORIENTACION Y PARTIDO POLITICO

Cualquiera que sea la definición de la política en la vasta nomenclatura de los conocimientos humanos, ciencia de gobernar o arte del estadista para conducir a los pueblos, en la vida de las sociedades, dentro de cada Estado, política es la lucha de los partidos para ganar el poder o controlar el mecanismo que permite gobernar. De esa lucha incesante entre grupos antagónicos resulta la historia, sucesión de antagonismos que se resuelven y determinan un nuevo antagonismo.

Al principio es una tendencia instintiva que nace entre los gobernados contra la clase gobernante, cuyos privilegios usurpan cada vez más el derecho y el bienestar de aquellos. La oscura oposición se eleva luego hasta el plano del espíritu. Una minoría de hombres que comparte la atmósfera de los oprimidos interpreta el vago anhelo colectivo, señala el sentido de la inquietud y expresa en una ideología la forma de la conciencia social que corresponde a la clase opositora.

Entonces se constituye el partido político como la organización de la nueva fuerza que se dispone a gobernar.

Cuando una ideología interpreta fielmente un estado de la oscura conciencia social mayoritaria, el partido, expresión de una corriente natural que adquiere categoría de fuerza organizada, lucha y gana el poder. Pero como toda corriente social obedece a ciertas condiciones materiales específicas que la generan con su estímulo primordial, si tales condiciones no existen, las ideologías carecen de proyección social y los partidos desaparecen como ficciones de la fantasía inapta para gobernar. "La República" de Platón no gobierna a nadie.

Ninguna idea política tiene trascendencia verdadera sino en cuanto ilumina el cauce del fenómeno social que avanza siempre, a pesar de todos los obstáculos, apartándolos con la energía incontrastable en que palpita la ley suprema de la vida.

La historia muestra el proceso de las contradicciones o antagonismos a través de los cuales se opera el desarrollo de la civilización. En cada etapa del progreso resultante de la técnica y de los nuevos modos de producción, las contradicciones subsisten fatalmente mientras los beneficios, alcanzando tan solo a la clase gobernante, devienen en factor de amenaza para la existencia social. Surge entonces inevitablemente una fuerza, un partido que la defiende y que lucha por aplicar, desde el poder, principios políticos que aseguran para la colectividad el bien de la riqueza acumulada, adaptando el aparato político jurídico a las nuevas condiciones de la vida colectiva dentro del Estado.

Así la sociedad preserva su existencia en sucesivas etapas revolucionarias, reorganizando las formas de la convivencia para que la civilización no se detenga y para que el hombre la domine salvándose de perecer aplastado por ella. Si una forma determinada de la estructura económica y su correspondiente aparato político impiden la utilización del progreso, toda la maquinaria social se entorpece y el progreso deja de tener utilidad social.

La sociedad, finalmente, niega a la clase gobernante incapaz de beneficiar a la colectividad con los frutos de la civilización, creando todas las condiciones necesarias para destruir el predominio antisocial de la clase opresora.

A la altura de este tiempo, un partido político debe asumir el rol altísimo de fuerza orientadora. Porque hoy la cuestión social de un Estado guarda estrecha relación con la cuestión social del mundo entero. Urge pues a un partido político explicar la realidad del medio en que actúa, la realidad nacional, dentro del complejo de la realidad mundial. Precísale una concepción general frente a la vida para comprenderla; y un método que permita compulsar las manifestaciones del mundo en la naturaleza, en la historia y en el pensamiento, para conducir a los pueblos con ejecutoria de plena responsabilidad.

Con esta enunciación de la idea general revolucionaria, el MOVIMIENTO NACIONALISTA entra a desarrollar su juicio sobre la realidad boliviana, para sentar después sus principios de acción inmediata, en la lucha desde el llano, actuando siempre como fuerza viviente que afronta cada instante histórico.

¿DE DONDE VENIMOS?

Sin rueda ni hierro.

En el imperio del Tahuantinsuyo, del cual formaba parte el territorio que ahora es Bolivia, no se conocía el uso del hierro ni la rueda cuando llegaron los conquistadores españoles al suelo americano. En el llamado viejo continente la rueda y el hierro habían hecho ya su recorrido desde el tiempo de los carros romanos y los esclavos hasta el de los señores feudales y sus siervos, aplastando a los pueblos que sufrían miseria. El imperio del Tahuantinsuyo ofrecía, como índice del desarrollo de la sociedad incaica, la abundancia de las subsistencias y el aumento de la población. Los autóctonos que cumplían su deber social de trabajar sin mentir ni robar, conducidos por la clase directora de los Incas y los sacerdotes, vivían con felicidad dentro del régimen de una economía agraria sencilla y próspera en beneficios para la colectividad.

Los conquistadores traían la mentalidad de un mundo convulsionado por el dinero de oro, que comenzó a circular a fines del siglo xv, como el medio insustituible en el comercio mundial que acababa de surgir.

Como la burguesía comercial, que traficaba con Africa y Asia, estaba hundiendo al régimen feudal español dotado de tierras, mas no provisto de dinero, la Corona señaló a la conquista el objetivo de aprovisionarla de oro y plata. Esta apetencia de metales hubo de ser aplastante para el funcionamiento del "ayllu", institución principal o unidad de trabajo en el régimen de la economía agraria, pues las mitas desplazaron a la población autóctona hacia las minas cuyo laboreo interesaba al imperialismo feudal de la península.

El "ayllu" perdió sus características primitivas, las tierras cayeron bajo el nuevo régimen de la apropiación feudal. Aunque las Leyes de Indias consideraban vasallos tanto a los conquistadores como a los conquistados, la norma jurídica igualitaria, inspirada en la idea religiosa de cristianizar neófitos, se quebró ante el hecho económico que la conquista determinaba.

Tanto las encomiendas como las reducciones y las mitas convirtieron a los autóctonos en siervos. Y de esa manera la feudalidad transplantada a la América incaica, se enseñoreó sobre una raza que principió a sufrir miseria a medida que la producción de la tierra disminuía al mismo tiempo que la natalidad. Este fué el resultado del primer contacto entre la sociedad incaica y el feudalismo español de la civilización occidental.

Colonia y mestizaje.

El instante en que el "ayllu" funcionaba como la institución de una etapa transitoria, para que la sociedad se organizase afirmada en la apropiación particular de la tierra, la colonia feudal destruyó la agricultura que había llegado a un grado de peculiar perfeccionamiento con las artes autóctonas aplicadas al trabajo agrícola intensivo. La zona andina, plataforma de la actividad agraria, dejó de producir y adquirió fisonomía esencialmente minera.

La agricultura y las incipientes industrias agropecuarias se desplazaron hacia el Bajo Perú, próximas a la costa, y a las regiones del Plata donde los encomenderos, careciendo de minas o metales preciosos, las impulsaban para suplir las necesidades de la población minera del Alto Perú, a cambio de pepitas de oro y piñas de plata.

La explotación de las riquezas de Potosí fué la columna vertebral de un sistema económico condicionado exclusivamente por la minería. Las rutas de exportación por el Callao y por Buenos Aires, diseñaron con el tiempo dos zonas de influencia que rivalizaban en el movimiento comercial. Una tercera ruta se proyectaba hacia el Ande desde Portobello, centro o feria para el reparto de artículos de ultramar.

Se formó, entretanto, la población mestiza cuya plataforma de vida no era el provecho extraído de la minería sujeta al monopolio de las casas de contratación de Sevilla y de Cádiz. Las mitas diezmaron a los autóctonos y el elemento mestizo que encontró su acomodo patronal sobre la tierra, necesitaba brazos. Sin conexión con los negreros que operaban con la alta burocracia peninsular, los mestizos y criollos disputaron el elemento humano autóctono a la minería. La masa indígena, prefiriendo el trabajo agrícola a la obligación de las mitas, se inclinó hacia el interés criollo-mestizo de la agricultura contra la dominación española.

En esa situación, la idea de la independencia fué acogida cuando la clase mestiza pugnaba por dirigir el proceso de la producción agraria que los conquistadores habían interrumpido tres siglos antes y se esforzaba por romper el monopolio del comercio importador. Dentro el régimen de apropiación particular de la tierra, al mantenerse ésta improductiva, los terratenientes que asistían al fausto de la burocracia exportadora de minerales, tenían que luchar para sacudir la opresión.

La revolución de la Independencia.

El monopolio comercial, para ser vencido exigía la conspiración mancomunada de las fuerzas que actuaban tanto en el corazón de América como en la Europa manufacturera. Minado el feudalismo español por la revolución industrial europea, los transtornos del viejo

mundo repercutieron en América haciendo eco en el romántico espíritu libertario americano. No obstante, la idea de la libertad se refería más bien a la libertad comercial que estaba de acuerdo tanto con los intereses de los terratenientes privados de adquirir artículos de ultramar como con los apetitos de los fabricantes interesados en venderlos dentro las posesiones de España.

Antes de la independencia, el monopolio de la Corona fué ya roto por el contrabando en gran escala y por el dinero que de España pasaba a manos de los industriales ingleses, franceses, holandeses y portugueses, pues el feudalismo peninsular no fabricaba sino espadas tolenadas y recurría a la manufactura de países más evoluciondos.

Con los contrabandistas europeos, que en su mayoría eran los judíos perseguidos por la España Católica, entraron las ideas liberales que debían dar paso al comercio libre. Esas ideas tuvieron tanta aceptación como los artículos que aquéllos introducían clandestinamente.

Contra el Santo Oficio, comenzó a funcionar la masonería. Si el poder colonial disponía de un organismo secreto, era preciso que el anglo-liberalismo que estimulaba la revolución contase con otro. Las logias europeas socavaron el control político de la Corona facilitando las conspiraciones y la rebelión de los criollos y los mestizos. Mas la verdadera posición revolucionaria de éstos era la de los terratenientes que formaban una burguesía embrionaria hábil para capitanear a los artesanos y campesinos contra los españoles que monopolizaban el comercio y la burocracia. Se percibe esta lucha con entera claridad. Las ciudades cuya existencia reposaba en la producción agrícola fueron los focos más obstinados de la rebelión. Cochabamba envió sus legiones sobre Oruro y Potosí, ciudades mineras, infligiendo la primera derrota al ejército peninsular en Aroma. Los guerrilleros orientales actuaron sin tregua en Santa Cruz y avanzaron hasta Chuquisaca y La Paz. La revolución paceña tuvo su gestación en las correrías de los patriotas por Yungas, por las aldeas y las haciendas, pero más que por su impulso natural fué grandiosa por la claridad con que Murillo y los protomártires de Julio concibieron la idea de la independencia, enfocando el instante histórico americano. La proclama del 16 de julio es la réplica mestiza a la actitud vacilante de los doctores de la culta Charcas, foco de la idea libertaria, pero centro a la vez donde la Real Audiencia frenaba el empuje revolucionario.

Pero mucho antes, en 1793, se había manifestado ya la rebelión de la raza en una conjura de honda raíz indiana: Juan Bélez de Córdova, quinto nieto de los Incas, desconoció la autoridad del Rey de España y trató de reconstruir el imperio del Tahuantinsuyo dirigiendo el movimiento revolucionario desde Oruro.

Feudalismo republicano.

En 1825, la dubitación de Bolívar al ser fundada la república, dejó constancia de la realidad alto peruana que en ese momento se hallaba bajo el signo de dos rutas de poderosa influencia. Pero como la emancipación se refería sobre todo al problema que confrontaban los terratenientes criollo-mestizos, prevalecieron a través de Olañeta las fuer-

zas sociales que se empeñaban en obtener la autonomía política de los territorios del macizo andino donde había florecido la sociedad incaica del "ayllu", hasta los confines de los llanos orientales y chaqueños. Situada entre Tucumán y Potosí, Tarija se replegó sobre el Ande cuya riqueza movía las corrientes comerciales que la beneficiaban. Y así nació Bolivia, como unidad política, ante la ecuánime y honda percepción del Mariscal Sucre, por la libre autodeterminación de los pueblos, cuya voluntad fué constituir una nación soberana con posibilidades vitales condicionadas por la geografía variada y propicia para formar la trabazón de una economía total, la historia común y la raza contraída al proceso de la mestización.

Desaparecido el monopolio comercial de la Colonia, los contrabandistas se convirtieron en los factores más importantes del librecambio, amparados por la legislación republicana que levantó el paramento de las instituciones democráticas. Anegados los veneros de Potosí y una vez descubiertas las minas de oro y plata de México y Estados Unidos, se acentuó la depresión de la minería, se debilitaron y paralizaron las corrientes comerciales y el país entró en una etapa de aislamiento tratando de acomodar su vida a los recursos de la producción agraria. Continuaba ésta sujeta al ritmo lento del régimen feudal. Los indígenas eran siervos y los herederos de las primitivas encomiendas, ya bastante parceladas, señores.

No existiendo una burguesía que por su desarrollo y su capacidad correspondiense al nuevo sistema de organización política, la democracia republicana carecía de eficacia para asegurar el bienestar social o tan sólo para garantizar la estabilidad de los gobiernos. El predominio del caudillaje militar, los motines y los cuartelazos, fueron la expresión de la anarquía engendrada en una sociedad desprovista de una clase poderosa para conducirla. A falta de ella, se imponían las fuerzas armadas a través de cuyos capitanes pretendían gobernar los grupos rivales de la feudalidad.

Durante los 15 años de la guerra de la emancipación se habían formado generaciones belicosas. El pueblo estaba habituado a pelear en las calles. La lucha sin tregua, los reclutamientos y todas las contingencias de ese período, determinaron el abandono de la agricultura. La burguesía embrionaria que operó la revolución, carecía de vigor e intentaba reconstituir su economía aceptando el formalismo de un sistema político liberal inaplicable cuando subsistía económicamente el antiguo orden feudal que desde el campo trascendía a la vida de las ciudades artesanales, provocando el descontento de las grandes mayorías oprimidas. Esta circunstancia específica de la economía agraria feudal encubierta por la legislación democrática republicana, da por ersultado la peculiar característica de la sociedad semi-feudal, contradictoria, ilógica.

Del conservadorismo al liberalismo.

Trancsurrieron los primeros 60 años de la república, viviendo el país de lo que la tierra producía. Entre mantener la tradición en lo económico, social y religioso o gobernar cediendo a la tendencia democrática, la oligarquía criolla-mestiza, mantuvo la producción estacio-

nada y el pueblo permaneció sumido en la ignorancia. No obstante, se formó la corriente opositora que exigía "el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo". Belzu representó los anhelos del pueblo, al que Arguedas llama "plebe", y Ballivián las aspiraciones de la oligarquía insegura, ante el conflicto permanente del ideario democrático, incompatible con los privilegios feudales que aquélla detentaba. Esta actitud vacilante permitió identificar la mentalidad "conservadora", contra la cual se enfrentó más tarde el liberalismo.

Dentro de esta situación, las crisis periódicas internas ocasionadas por la falta o el exceso de lluvias y por las pestes, ponían en movimiento al artesanado supersticioso que presenciaba rezando con medioeval pavor, el paso de algún cometa, contra los saldos de una presunta aristocracia burocrática que no contaba ya para sostenerse con los ejércitos peninsulares. Como remanente de la colonia, la diferencia de las clases sociales se establecía por el color de la pigmentación: los blancos privilegiados y la mayoría mestiza e indígena de las ciudades y los campos.

Hasta poco antes de 1880 transcurría el período de la indolencia, del ocio patronal y las revoluciones altoperuanas. Cuando se aceleró el progreso de la industria británica cada vez más urgida de materias primas, la penetración imperialista ganó la costa del Pacífico. Surgió la cuestión del salitre y Bolivia, que no aprovechaba esa riqueza, perdió su salida al mar. Todos los doctores se reunieron entonces para hacer frente a la derrota, aprobando la Constitución de 1880 que era la misma del 78 con ligeras modificaciones. Mientras aquéllos discutían las leyes, la realidad mostraba el renacimiento de interés por la minería. Después de la guerra del Pacífico, se inauguró el ferrocarril Antofagasta-Oruro bajo la administración de don Aniceto Arce, potentado minero de notable espíritu práctico pero de confesión católica que no le permitió declararse liberal. Ciertamente, el conservadorismo, al ser construído ese ferrocarril, cedió ya al influjo de las fuerzas económicas que desde el exterior se interesaban por los minerales.

Ante las posibilidades de mejoramiento por la explotación del subsuelo, en las zonas mineras sin producción agraria, abatidas y sin vida propia, prosperó la tendencia política liberal bajo la forma del federalismo para dar paso al desarrollo de una capa social que cifraba su porvenir en los beneficios de una economía abierta a las conexiones internacionales. Fué preciso que se desencadenara la guerra civil y que las consignas liberales tuviesen resonancia desembozada para que el gobierno de los terratenientes "constitucionales" fuese derrocado.

Llegaron los liberales al poder con el aura de un enorme prestigio. Habían luchado con la plebe en las barricadas y junto con la indiada brava que en Ayo-Ayo despanzurró a los jóvenes más cultos de Chuquisaca, agrupados dentro de un templo para salvarse. Puede que ese sacrificio sea el símbolo del liberalismo "civilizador" que triunfó a bala sobre la oligarquía de los terratenientes cuya sede era Sucre, Charcas antes, la Plata más antes aún, retrocediendo hacia los tiempos de la rancia estirpe.

Los liberales trasladaron el asiento del gobierno de Chuquisaca a La Paz, ciudad próxima a la costa cuyo influjo librecambista infun-

dió al liberalismo su característico espíritu dispuesto a ofrecer acogida a la finanza extranjera.

Al efectuarse ese traslado, el gobierno del país se sacudió de los "prejuicios religiosos". Impusiéronse el espíritu laico, que otra vez difundían los masones reorganizados, y el fusilamiento de los caciques indígenas que habían luchado contra los oligarcas terratenientes.

Mientras los nuevos gobernantes daban paso a los cateadores de las minas y comenzaban a adquirir tierras despojando a los indígenas comunarios, la apetencia que sentía por el cauchu la industria inglesa detemrinó la guerra con el Brasil y la pérdida del Acre. Los liberales suscribieron el tratado de Petrópolis renunciando a ese territorio a eambio de dos millones de libras que debían invertirse en la construcción de una ferrovía o de otras obras "para mejorar las comunicaciones y desenvolver él comercio de los dos países". El espíritu del liberalismo estaba de acuerdo, naturalmente, con recibir dinero a cambio de territorios y con intensificar el comercio. Por eso los liberales suscribieron con la misma facilidad el tratado de 1904 con Chile.

Y desde entonces se dedicaron exclusivamente a esperar en los bufetes las propuestas pequeñas o grandes de las empresas extranjeras interesadas en la extracción de materias primas. La minería guardaba relación con los transportes y se suscribió un contrato con Speyer para construir los ferrocarriles. La guerra europea que comenzó el año 14, intensificó el funcionamiento de éstos y de las minas de estaño y wolfram que agigantaron a Patiño, ante el asombro de sus abogados liberales que ocmenzaron a dominar el Estado cada vez más débil frente al poderío del gran minero.

El liberalismo, en suma, marcó la etapa financiera de la república, etapa que dejó como consecuencia el control de la red ferroviaria en manos de ingleses, las exportaciones liberalísimas o casi sin beneficio para el Estado, el gesto de Montes que a la cabeza de un regimiento fué a sofocar en Potosí un conato de los mineros hambrientos y la mentalidad algo más evolucionada del pueblo que antes no conocía los ferrocarriles y que fué habituándose por la prédica liberal, a vivir pobremente, con temor y sumisión, no ya al terrateniente que estaba arruinado, sino al extranjero que explotaba nuestro país. Eso era la "civilización".

La réplica al liberalismo "doctrinario".

Correspondió al Partido Republicano, fundado por Salamancá, en 1914, año de la guerra europea.

Los liberales habían constituído ya una casta burocrática cuyos más altos exponentes eran los abogados de Patiño, la Railway o las empresas extranjeras. En contacto con éstas, sobre todo pór medio de las tenidas masónicas, terminó de formarse la mentalidad de aquellos en la tendencia de la coopearción internacional.

Así los liberales se desvinculaban de la bolivianidad hasta ponerse frente a ella o sobre, explotándola mancomunadamente con los negociantes internacionales. La acción gubernativa abocada a conceder facilidades a la industria extractiva, no llegó ya al resto del país sino para cobrar impuestos y hacer elegir diputados.

Los gobiernos liberales sólo se ocuparon de fomentar el desarrollo y el progreso de algunas regiones del país, para facilitar la explotación de materias primas por la economía imperialista. Así se explica que el Oriente boliviano, careciendo de minerales — la goma encontró un competidor —. hubiese quedado sin ferrocarriles, caminos ni servicios vitales.

Tampoco el liberalismo se interesó por el régimen agrario indígena. Los productos agropecuarios eran obtenidos por las metrópolis en mercados mejor situados. No existía estímulo alguno para modificar la subsistente organización feudal de la economía agrícola. El liberalismo no formó una burguesía industrial en el país, ni pretendió liberar de la servidumbre a millones de indígenas poniéndoles en aptitud de intervenir en una economía industrial como obreros y consumidores de la industria nacional.

En el abandono de las zonas agrarias donde los terratenientes cada vez más empobrecidos observaban con recelo al poderío creciente de la corriente capitalista extranjera, se formó una oposición "republicana" enraizada en la tradición, como reactivo en lo económico contra la pillería y el contrato leonino; en lo religioso, contra el libre pensamiento materialista, la instrucción ateista y el matrimonio civil, y en lo político, contra la farsa democrática del fraude electoral y las palizas a los "cholos", pues los liberales se convirtieron en los aristócratas...

Los "repúblicos", presentándose junto con la cholada como hombres sobrios y honrados, fueron la antípoda de los liberales ateos, afectos a la orgía y financieros; las virtudes campesinas contra la corrupción de la corriente "civilizadora". Montes fué la excepcional figura austera del liberalismo. Pero frente a él surgió Salamanca que era más austero aún, pues su continencia se proyectaba en el plano político rechazando el contrato Speyer que no era honesto.

La revolución del año 20 fué el triunfo de los terratenientes que capitaneaban al artesanado, sobre los liberales que en ausencia de Montes remataban sus excesos festejando a carcajadas, en el parlamento, los primeros anuncios de la revuelta. Los "doctrinarios" habían sentado fama de "vende patria", diestros para dar forma legal a todos los vicios de la democracia. Los "repúblicos" pretendían ser los patriotas que reivindicarían el derecho sobre el puerto y los demócratas sin picardía. Estalló la revolución del 12 de julio y les tocó a los liberales soportar las palizas en las plazas electorales, los confinamientos y los destierros.

Cuando Saavedra llegó al poder, estaba algo más madura la devoción panamericanista, pues era ya intenso el tráfico de los barcos que cruzaban el canal de Panamá y proseguían por la costa del Pacífico. Así como la penetración del imperialismo inglés avanzó por la zona de Chile, poniendo el ojo sobre el salitre, el imperialismo norteamericano llegó por el lado del Perú fijándose en el petróleo de Talara.

Saavdra otorgó concesiones petrolíferas a la Standard Oil, contrató el empréstito Nicolaus y entregó el control de las finanzas nacionales a la Comisión Fiscal Permanente, nueva institución con la cual el imperialismo norteamericano afirmó su predominio sobre el británico. Saavedra dejó de ser "repúblico" y Patiño, percatándose del cambio de situación bajo la nueva influencia imperialista, constituyó la Patiño Mines con accionistas yanquis para defenderse contra el gobernante enemigo de los liberales.

Para los grandes Mineros Patiño y Aramayo, la caída de los liberales no tuvo al cabo consecuencias que les afectasen. El Estado continuaba "dejando hacer" y sobre todo dejando pasar los minerales exportados sin percibir mayores beneficios. Es verdad que Saavedra dictó leyes sociales, pues la huelga y la masacre de Uncía apercibieron al país sobre la formación del proletariado minero. Esas leyes costaron sangre. Empero las luchas políticas durante el gobierno saavedrista representaban sobre todo el esfuerzo de la oligarquía burocrática liberal que, empobrecida, repudiaba a la nueva burocracia extraída del artesanado con que el caudillo dominaba a la masonería, haciéndola expulsar del "Club Internacional".

Al comenzar la administración de Siles, los liberales se hallaban arruinados por seis años de oposición y trataban de recuperar sus posiciones en el presupuesto desplazando a la "cholocracia saavedrista". El mismo interés movía a una generación de jóvenes doctores que no llegaron a burocratizarse con el liberalismo y que sólo pudieron formar la vanguardia de su agónico cortejo en la oposición.

Todos querían gobernar con Siles. Menos Salamanca y sus prosélitos, que no sufrían hambre porque podían acogerse a sus recursos de pequeños terratenientes. La crisis mundial se agudizaba. El hambre era apremiante y las deserciones de los jefes o dirigentes de partido permitieron a Siles hacer un gobierno de concentración nacional que se transformó en el nuevo y efímero partido de la "Unión Nacional" o "Nacionalista".

Esta palabra era exótica en Bolivia. Brotó del instante en que la sorda lucha de intereses anglo-liberales y yanqui-saavedristas puso al gobierno en situación de operar con ambos o con ninguno.

El imperialismo yanqui compulsó la situación de Bolivia mediante la Misión Kemmerer que reformó el sistema hacendario de acuerdo a los intereses americanos, favoreciendo a los Estados Unidos y modificando incluso los aranceles aduaneros. En el período de Siles se contrató el empréstito Dillon Read y tantearon sus fuerzas los intereses petroleros anglo-argentinos y norteamericanos. Siles, al sortear el peligro de la guerra, demostró que no se había prestado a servir de instrumento a las maquinaciones imperialistas.

La crisis político-económica se agudizó aún más. El gobierno trató de tomar los recursos del capital privado e intentó afirmarse prorrogando al mandato presidencial. Como varios otros gobernantes de los países latinoamericanos, Siles fué aventado por el crack de 1929 y la violenta restricción del crédito. Pero la agitación estuvo a cargo de los partidos tradicionales derechistas y el izquierdismo universitario que proclamaba la autonomía de la Universidad, estimulado por los agentes de los grandes financieros que eran los únicos elementos orientados en medio del aturdimiento colectivo. El período de Siles

se caracterizó por el exterminio del romanticismo político que matizaba aún la acción de los partidos tradicionales. Todos los dirigentes estaban corrompidos y los que permanecían irreductibles fueron marginados. La crisis económica precipitó la agitación de las clases medias que se proletarizaban y de los sindicatos obreros que reclutaron a los ciudadanos de los partidos desorganizados poniéndolos en el camino de la lucha de clases. La reforma educacional, la autonomía universitaria, el marxismo, el socialismo argentino y el aprismo formaron en las universidades una nebulosa ideológica que afloraba en el impulso con que una generación iba en pos de una nueva fe, lanzándose a la acción con escasas posibilidades pero con arrestos de energía emocional que encontraron clima propicio en el pueblo descontento.

La Unión Sagrada.

Y una vez más el imperio de la Constitución sirvió para explicar y justificar la revuelta ante el pueblo. El gobierno provisional de la Junta Militar presidida por el general Blanco Galindo, tuvo importancia en cuanto representó el breve período de tregua entre los partidos tradicionales cuya existencia peligró bajo el régimen derrocado, para cerciorarse de las averías que habían sufrido y traicionarse nuevamente al primer descuido. A eso se llamó la Unión Sagrada y Salamanca colmó su ambición oculta de llegar a la presidencia al mismo tiempo que Montes y Saavedra se disponían a verle fracasar. Por ese tiempo fué bautizada en la vida política la "Rosca", organismo engendrado dentro de la Unión Sagrada que permitió reconciliarse, no a los jefes de partido, sino a los grandes negociantes que les mantenían y rodeaban, a base del mutuo reconocimiento de sus méritos para burlarse bajo palabra de honor de todos los gobiernos y de todos los partidos como agentes de las grandes empresas internacionales.

El hombre símbolo o la Guerra del Chaco.

Esta fué la situación en que Salamanca asumió el poder: Bajó la cotización del estaño; disminuyó la explotación minera; surgió el problema de la desocupación; se aflojaron los resortes administrativos, pues el pago de funcionarios públicos estaba sujeto a prorrata; estallaban las huelgas y los mercados eran asaltados; los universitarios proclamaban la revolución social y la moneda era excelente pero no había circulante.

"El Repúblico" había meditado treinta años en el problema del sufragio libre y en las garantías constitucionales; mas ahora nadie se ocupaba de ello y lo que el pueblo pedía era que el gobierno garantice la posibilidad material de vivir. Pero Salamanca había meditado

también en la necesidad de afirmar la soberanía nacional y al ver que el estaño no podía ser ya la base de presupuesto, recordó del petróleo. Y acometió la empresa de afirmar la soberanía nacional "pisando fuerte en el Chaco" con ayuda del pueblo hambreado y de la Standard Oil cuyo apetito petrolero era más grande que el hambre de los trabajadores indios y mestizos que debían combatir.

Las conferencias de Wáshington, elaborando el "Pacto de no Agresión", fueron la señal de que la agresión estaba siendo preparada, más que por los gobiernos, por la Standard Oil y la Royal Duch-Shell, ante el entusiasmo de los fabricantes de armamentos, mientras Salamanca anunciaba "el peligro comunista" y la necesidad de reprimirlo, pues trataba de hacerse fuerte para arrastrar al país a la guerra, que, a su juicio, no era un peligro, porque ciertamente era la solución para la estabilidad de su gobierno. Esta era la salida inmediata que Salamanca buscaba más que la salida al mar ya no por Antofagasta sino por el río Paraguay.

El gobierno de Salamanca había comenzado por decretar la disolución de las Sociedades Secretas, pero el Jefe del Estado Mayor, general Osorio, eran gran maestre de la masonería internacional. "Verdad es — dice el exauditor de guerra don Ovidio Urioste, hombre de confianza de Salamanca, en su documentado libro sobre la guerra del Chaco — que las logias iban también obrando en el ánimo de sus adeptos y había jefes militares convencidos de que jamás se llegaría al conflicto armado. Este punto se debe aclarar un día para saber por qué obró el Estado Mayor Boliviano con tanta lenidad, permitiendo que la movilización fuera lenta y llena de tropiezos".

Abramos aquí un paréntesis, para que el enjuiciamiento de la guerra fluya de la conciencia de las generaciones contemporáneas, cuya fe patriótica traicionaron los negociantes de guerra que desde treinta años antes prepararon, en la paz, su gran banquete macabro. En el Chaco se dieron cita todos los egoísmos, estupideces y "vivezas" de los gobiernos liberales, para que la obra de los Montes, los Gutiérrez Guerra y los Saavedra diese por resultado bajo el gobierno del "Hombre Símbolo" de la democracia antinacional, el desastre de la más tremenda mutilación territorial.

La etapa de los próceres del republicanismo o de los "repúblicos" que sublevaron al pueblo con la réplica de los liberales "doctrinarios" que "vendieron el litoral", remató con la entrega del Chaco al Paraguay y de la soberanía boliviana a la finanza internacional victoriosa, porque reató nuestro país a las nuevas obligaciones emergentes de los gastos de guerra.

Con la caída estrepitosa de Salamanca en los días del desastre, desapareció del escenario del país ese factor imponderable que los pueblos reconocen con el nombre de autoridad moral. Nadie tenía fe en nadie. Pero Bolivia no estaba muerta y su esperanza de vivir se abría cuando en las trincheras y en las ciudades golpeaba los corazones y las mentes, estaba esta palabra universal de redención y fortaleza para la lucha: Socialismo.

La post-guerra "socialista".

Tejada Sorzano, el vicepresidente que reemplazó a Salamanca, permaneció en el poder los días necesarios para que el movimiento revolucionario madurase haciéndole comprender que no era el llamado a gobernar, aunque los liberales, satisfechos por la caída del "repúblico", sostuviesen que constitucionalmente le correspondía asumir el poder, figurándose que la revolución terminaba ahí.

Las promociones políticas juveniles — hombres de 30 a 40 años —, en su mayoría los "nacionalistas" que cayeron con Siles, habían tomado contacto en el Chaco con los jefes más activos y abordables del Ejército. Los más activos no eran, por cierto, los generales del liberalismo, apoltronados e incapaces de soportar las fatigas de la guerra y ni siquiera las de la bebida. Toro, que había caído con Siles, como ministro de gobierno, fué el eje estratégico alrededor del cual evolucionó la politiquería: los agentes de la rosca y aun el entusiasmo revolucionario de algunos grupos de excombatientes que admiraban a Busch, que era el segundo de aquél. Las fuerzas financieras actuaron sobre Toro, aprovechando los compromisos de éste con la juventud militar que prohijaba un cambio de hombres. Dichas fuerzas se enmascararon hábilmente detrás la prédica oportunista de la revolución social.

En la gestación de la conjura hubo varios ciudadanos sinceramente revolucionarios. La Confederación Socialista — organismo constituído casi súbitamente por varios grupos que expresaban diferentes matices de izquierda —, planteó en 1935 la necesidad de procesar a la Standard Oil por defraudaciones al Estado y de revisar los contratos de préstamos de fondos del Banco Central para financiar la guerra, contratos que se denunció como altamente lesivos para la nación.

Desprestigiados los partidos tradicionales que arrastraron al país a la guerra y desacreditada la clase militar por aquéllos — clase sobre la cual se trató de hacer pesar toda la responsabilidad del desastre —, los militares jóvenes, contando con la fuerza, y los jóvenes políticos sin partido organizado, brindaron por la conquista del poder en el instante del regreso a las ciudades. Pero como en estas reaccionó el pueblo angustiado ante la posibilidad de que el transtorno agravase la situación internacional, el Ejército y los conspiradores se acogieron a la invocación del "socialismo" que encontraba favorable ambiente popular. Este truco inventado para que el nuevo régimen de facto contase con popularidad surtió efecto bastante satisfactorio. En tales circunstancias no era aventurado que adviniese el poder socialista y nada era tan sencillo como declararse socialista. No obstante su "socialismo", Toro entró en La Paz rodeado de ametralladoras, en medio del silencio del pueblo que abrió calle. Estaba protegido por Busch, ese bravo soldado que derrocó a Tejada en la capital mientras el comando del Ejército se puso a cubierto en el Chaco.

Adoptado el cartel "socialista" para perfilar la índole del cambio político, la "rosca" aseguró la eficacia de la tarea desplegada por sus agentes dentro de la revolución, empleando la táctica de incrustar delegados de sociedades secretas en los comités directores de la política

revolucionaria; y fortalecer sus compromisos con aquellos líderes intelectuales que, por su temperamento personal, se mostraran aptos para injertar el viejo régimen en el nuevo, a cambio de ser apuntalados en altas situaciones.

Creóse el Ministerio del Trabajo y por primera vez se designó ministro a un líder obrero, Waldo Alvarez, que había sido sindicado como comunista hasta el día anterior. A partir de este momento todas las vacilantes agrupaciones izquierdistas que se formaron desde antes de la guerra, cayeron en la trampa "socialista", en tanto que un grupo de novísimos financieros, actuando ya desembozadamente, la usaba en su servicio, adormeciendo al pueblo mientras terminase de ser montada la nueva maquinaria del gobierno. Se puede contar el número de dirigentes de izquierda que se pusieron frente al régimen de Toro, negándole sincera inspiración y posibilidades verdaderamente revolucionarias. Estos fueron confinados o deportados.

No existía ningún organismo disciplinado o partido socialista, pero sí, la ilusión de ver derrocados a los partidos tradicionales y aniquilado por completo el poderío de Patiño. Creíase, en consecuencia, que fuese positivamente real un nuevo régimen de justicia social garantizado por el Ejército del Chaco. En estas condiciones, lo que fisonomizó el momento político en el gobierno, fué la figura siniestra del judío Mauricio Hochschild que se constituyó en el pontífice de las maquinaciones palaciegas. Fueron ese ciudadano del mundo y Aramayo los inspiradores del "Partido Socialista de Estado" que comenzó a funcionar bajo el comando visible de uno o dos ministros, al mismo tiempo que se decretó la disolución de todos los demás partidos.

Hochschild desde 1927 en que llegó a Bolivia y comenzó a rescatar minerales, había formado ya su grupo minero y pretendía ser al gobierno 'socialista", lo que Patiño fué respecto de los partidos tradicionales: el amo.

¿Dónde estaba a esta hora la tradición socialista del gobierno; dónde la doctrina orientadora o dónde el plan de reconstrucción? Eso ya nadie lo sabía. El único cambio que se operó fué el de la burocracia ampliada hasta que tuviesen cabida en las reparticiones públicas ciertos dirigentes de las agrupaciones de izquierda, el mayor número posible de pseudo excombatientes miembros de sociedades secretas y de parientes de los jefes militares. Por su parte, cada uno de esos funcionarios realizaba el "socialismo" a su manera. Mas es evidente que de ese modo, la justicia social se expresaba en toda clase de medidas incoherentes sin duda, pero que al cabo se estrellaban contra Patiño y las clases tradicionales acomodadas, en tanto que Hochschild y sus gobernantes extraían cada vez mayores ventajas.

Muy luego sobrevino el proceso de la depuración "socialista", por cierto que a la inversa. Primero fueron expulsados del gobierno, confinados o desterrados, los extremistas o los que hablaban de marxismo; luego los que habían combatido en el Chaco y proclamaban un vago socialismo cuyo enunciado sólo consistía en repudiar el extremismo, después los socialistas "moderadísimos" que casi se avergonzaban de ser socialistas, y finalmente sólo quedaron en torno de Toro, los que hablaban de hacer negocios con Hochschild, Aramayo y Pickwoad,

confabulados los tres contra Patiño para dar vida a los "socialistas", dejándoles negociar con los abastecimientos o monopolios menores derivados de las importaciones impuestas por la crisis de producción de la post-guerra.

Así llegó el día en que el pueblo estaba otra vez frente al gobierno y en que Patiño encontró ambiente propicio para derribar a Toro, y dominar a Hochschild que le disputaba el cupo de exportación de estaño. El único hombre que podía derribar a Toro era aquel que le había entregado el poder: Busch, jefe de Estado Mayor General. Al llegar al poder, declaró que lo tomaba "para rectificar la desviación de su antecesor".

Busch "demócrata" y Busch nacionalista.

El Coronel Busch encontró el petróleo nacionalizado pero también preparado el ambiente por la propaganda política, para devolver al país la normalidad constitucional o sea para entregar el poder a los partidos tradicionales. Eso habría sido tanto como abrir el camino para que la Standard Oil retornase al país, después de lo difícil que fué alejarla. Las derechas trataron entonces de paralogizar la opinión pública, agitándola contra la clase militar, para que el gobierno convocase a elecciones, mas, varios núcleos de izquierda, y sobre todo, algunos jefes militares, reaccionaron con energía muy sigilosa y su influencia sobre Busch fué decisiva.

Cuando estaba a punto de convertirse en un "demócrata" subordinado a la oligarquía, Busch pasó a ser, de presidente provisorio, presidente constitucional. La Convención que le eligió dictó la Constitución Política de 1938 que, siendo liberal en la definición del sistema institucional, transparentó cierta inspiración socialista tendiente a robustecer al Estado, pues dejó establecido que "el régimen económico debe responder esencialmente a principios de justicia social que tiendan a asegurar para todos los habitantes una existencia digna del ser humano" y que, "el Estado podrá regular, mediante ley, el ejercicio del comercio y de la industria, cuando así lo requieran, con carácter imperioso, la seguridad o necesidad públicas. Podrá, también en estos casos, asumir la dirección superior de la economía nacional. Esta intervención se ejercerá en forma de control, de estímulo o de gestión directa."

Ante la resistencia de los "partidos históricos" que entrababan la acción de su gobierno, Busch asumió luego la dictadura bajo el estímulo de una doble influencia: Por una parte la de los elementos orientales y de izquierda que no estando comprometidos con los intereses creados durante más de treinta años en las ciudades dominadas por la minería, se hallaban en condiciones de poder señalar con libertad el camino que una dictadura nacionalista debía seguir. Y por otra, la influencia de los financieros que perseguían finalidades de lucro a la sombra del rigor dictatorial y que aspiraban a cercar a Busch para corromperle como habían corrompido a Toro.

En sucesivos cambios de gabinete, Busch fué virando hacia la izquierda, pues comprendió que los intereses del Estado y el bienestar del pueblo estaban reñidos con los privilegios de las derechas, cuyo influjo subsistía mediante los ministros de Hacienda que aquéllas imponían. Empero, la dictadura resultaba una empresa temeraria. Sin el respaldo de un partido sólidamente organizado, carecía de un comando político cuyos elementos estuviesen unidos por la idea o por la orientación común, y ni siquiera disponía de hombres en quienes pudiera el dictador depositar toda su confianza. Sólo estaba en pie, con firmeza inquebrantable el temperamento nacionalista, bolivianista, de Busch, en vigilia permanente para defender a la Patria amenazada por los financieros de adentro y de afuera. Estos fueron los siniestros microbios que consiguieron infiltrarse en las esferas del gobierno comenzando por declarar su adhesión al dictador y adelantándose a sugerirle todas aquellas medidas que le diesen la sensación de un plan dispuesto para robustecer la economía del país, vigorizar el Estado y asegurar el bienestar de las mayorías bolivianas, pues eran esos los anhelos de Busch.

Mientras el Dictador puso término a la agitación sindical, demostrando que su gobierno era capaz de actuar en defensa de las clases oprimidas contra los abusos de las grandes empresas, Hochschild había logrado ya situar sus agentes en altas reparticiones públicas.

A pesar del sabotaje de los palaciegos, ministros y segundones vinculados con Patiño, con Hochschild y Aramayo, Busch, dictó el decreto de 7 de junio que marca la culminación de su política nacionalista. Desde este instante el dictador estuvo directamente conectado con el pueblo boliviano cuyo instinto le advertía sobre la trascendencia de aquel decreto para que siguiese a Busch en la lucha de los bolivianos indios y mestizos contra la opresión extranjera.

Busch estatizó luego el Banco Central, desde cuyo directorio los financieros saboteaban al Estado, y dictó el Código del Trabajo. Empero, la verdadera trascendencia de la obra de Busch, lo que debía siempre quedar como el acontecimiento que marcó su paso por la historia de Bolivia, estuvo en que restituyó a los bolivianos la fe en sí mismos, levantando de su postración al mestizo y al indio, sacudiendo a las tímidas élites de su complejo de inferioridad ante el extranjero y tonificando el orgullo nacional, pues todos supieron que el Estado era más fuerte que los financieros de la "democracia" y que la voluntad de poder de un gobernante boliviano honesto, sencillo y valeroso era superior a la ruin finanza antinacional.

La mañana del 23 de agosto apareció en agonía con un balazo en la cabeza. El 15 de junio, la última vez que se dirigió al pueblo, dijo en alta voz, refiriéndose al decreto de 7 de junio: "Sé que el paso que he dado es sumamente grave para mi gobierno y que numerosos peligros me acechan. Mas no importa. Estoy luchando por el pueblo y con el pueblo boliviano y si caigo, habré caído con una gran bandera: La libertad económica de Bolivia".

En la casa del dictador moribundo, no había ni un centinela, ni un agente de policía y ni siquiera un portero.

La restauración "democrática".

Al morir Busch, muy casualmente ocupaba el cargo de Comandante en Jefe del Ejército, el general Carlos Quintanilla que subió a la presidencia sin encontrar el menor tropiezo, pues era tal la calidad de los inmediatos colaboradores del Dictador que, muerto éste, quedó reducido a ceniza el régimen dictatorial, en menos de doce horas. El pueblo estaba de duelo mientras comenzaba la fiesta para las derechas que preparaban la restauración de la "democracia". Aún antes de la convocatoria a elecciones, el decreto de 7 de junio que puso en manos del Estado el control de la totalidad de las divisas provenientes de la exportación de minerales, fué destruído parte por parte, por varios de los ministros del dictador que continuaron colaborando a Quintanilla. Principió a dejarse sentir nuevamente el despotismo de las grandes empresas, y, para servirlas mejor, se formó la Concordancia de los partidos tradicionales a fin de financiar la elección de sus candidatos.

En el breve período de Quintanilla florecieron los grandes negociados predemocráticos; las propuestas y contratos de empresas internacionales como la "GRACE" o de los judíos que daban aliento a la "civilización" instalando garitos, o de los advenedizos que vendían al Estado inmuebles por valor de millones que involucraban la coima para instalar cómodamente los ministerios del próximo régimen democrático.

Gobierno constitucional y guerra europea.

La fracción "socialista" que había gobernado con Toro con el nombre de "Partido Socialista" y la que predominó en el gobierno de la dictadura, se refundieron para adelantarse a proclamar candidato a la presidencia al general Enrique Peñaranda, presunto candidato único de las derechas, a fin de crear un antecedente de vinculación con éste y eludir en esa forma el proceso de responsabilidades que sobrevendría sobre los negociantes toristas y buchistas al iniciar sus labores el futuro gobierno constitucional. Peñaranda desestimó esa proclamación y fué llevado al gobierno por los partidos tradicionales unidos en la Concordancia.

La ofensiva de las derechas, que desde el 23 de agosto de 1939 iniciaron la campaña destructora de las conquistas obtenidas por las clases medias y obreras, a pesar de todas las traiciones — bajo los gobiernos militares de facto —, determinó la reacción de los sindicatos que, por otra parte, experimentaban ya los efectos de la crisis agudizada por la afluencia de inmigrantes semitas.

José Antonio Arze, líder del proletariado, había obtenido notorio triunfo en los distritos mineros como candidato a la presidencia. En julio de 1940, ya bajo el gobierno de Peñaranda, reunió en Oruro un Congreso político para fundar el Partido de la Izquierda Revolucio-

naria. Otra vez se habló del peligro comunista y el gobierno lanzó contra ese congreso a una agrupación juvenil, explotando su nacionalismo fervoroso, respaldándola con fuerza de policía para que aplastase el organismo político que nacía como la reacción proletaria contra la "democracia" de hambre de los partidos tradicionales (*).

La muerte de Busch, el 23 de agosto de 1939, había coincidido extrañamente con el comienzo de la guerra europea que estalló el 1º de septiembre. Si subsistiese el decreto de 7 de junio, el Estado Boliviano habría encontrado la primera oportunidad de beneficiarse con la exportación en gran escala del estaño y del wolfram durante la guerra. Afirmándose de nuevo la falsa "democracia" los beneficios serían para las grandes empresas y para los compradores que utilizasen las materias primas. En esta situación comenzó a funcionar el parlamento del gobierno constitucional que contaba con mayoría formada por elementos de derecha. La "democracia" liberal en la emergencia cada vez más grave de la guerra contra las potencias del Eje, adquirió un significado decididamente internacional de cooperación a Inglaterra y los Estados Unidos, potencias necesitadas de los materiales estratégicos producidos por los países coloniales. Para ganar indulgencias ante los imperialismos inglés y norteamericano, los partidos tradicionales de la Concordancia cambiaron entonces su etiqueta y la "Alianza Democrática" expresó con mayor claridad la aptitud de servir a la defensa de la "democracia" contra las potencias totalitarias. Los "demócratas" o traficantes de la "democracia", los enemigos del "gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", los agentes de las grandes empresas anglo-yanquis, se pusieron en situación de funcionar como caciques del extranjero en nuestro país, reduciendo las actividades nacionales a la tarea de entregar materias primas a los amos internacionales de la democracia mistificada. A cambio de tales servicios, esperaban obtener la ayuda imperialista decidida, para mantenerse en el poder en la misma forma que todos los gobiernos de los partidos tradicionales: contrayendo empréstitos e hipotecando al país. La prédica de las derechas evolucionó alrededor de este concepto: sumisión ante el extranjero para conseguir préstamos. En la argumentación política de los partidos tradicionales ese concepto ruin es sostenido como principio de orden. Así la extorsión del pueblo o las medidas de represión contra las izquierdas, debían ser plenamente justificadas por las potencias imperialistas que beneficiándose con nuestra "pseudo-democracia", aplaudían como a títeres a los "demócratas" bolivianos cuando éstos invocaban con todo motivo y en todo momento, la necesidad de mantener el "orden democrático".

Sobre esta "democracia" comenzaron pues a jinetear los "estadistas" de los partidos tradicionales como sobre un caballo favorito de batalla. Los que gobernaron con Montes, con Gutiérrez Guerra, con Saavedra, con Siles, con Salamanca y semigobernaron con Toro y Busch,

---

(*) A tiempo de imprimirse esta segunda edición, dirigentes de la Falange Socialista nos aseguran que los elementos que actuaron en aquella oportunidad, fueron expulsados de dicho grupo político.

argumentaban que los gobiernos de facto destruyeron la "democracia" y se esforzaban por volver a los tiempos en que floreció la "libertad", "dejando hacer y dejando pasar" los contratos suscritos con las grandes empresas, prósperas sobre la miseria del pueblo hasta convertirse en el super Estado de la finanza antinacional.

Frente a ese caballo que atropellaba las conquistas obtenidas a pesar de todas las traiciones, bajo los gobiernos militares de facto, la reacción del pueblo boliviano se expresó primero en voces aisladas de protesta nacionalista, invocando el espíritu que animó la obra de Busch. En el malestar creado por la crisis cada vez más aguda la protesta se manifestó luego en las huelgas, en las campañas de la prensa opositora y en las agrupaciones donde espontáneamente se afirmaba el acuerdo para la defensa del Estado protector del pueblo boliviano. La nueva fuerza qué insurgía adquirió después contornos más precisos, convirtiéndose en un fantasma al que las derechas trataron de ahuyentar con exorcismos anti-nazis; pero se había formado YA UN MOVIMIENTO NACIONALISTA que parecía una amenaza para los traficantes de la falsa democracia. Ese Movimiento, fuerza actuante claramente orientada aún antes de adquirir categoría de organización, fué perseguido por la calumnia y sus organizadores fueron víctimas de la tormenta que desencadenó sobre ellos la "democracia de guerra". Se trató de identificar el "nazismo" con el "Movimiento Nacionalista Revolucionario". Pero al cabo la nueva expresión política bolivianista concitó el interés del pueblo de Bolivia para entrar en acción siguiendo un solo sentido. Y ahora el MOVIMIENTO NACIONALISTA REVOLUCIONARIO define su posición ideológica y se apresta para la lucha como entidad política organizada.

¿A DONDE VAMOS?

Contra la falsa "democracia".

Los hombres nacidos después de 1904 formamos parte de una nueva generación que aprendió el nombre de la Patria cuando el mapa de Bolivia se hallaba ya desfigurado por dos mutilaciones. En 1915, al entrar en la vida consciente, encontramos gloriosa la tradición de nuestro pasado indiano y de nuestra emancipación pero mancillada la historia de la Patria por las derrotas del Pacífico y del Acre. Sufrimos esta primera impresión de lo que es la desgracia nacional. Desde el recuerdo de esas derrotas, nos remontamos hasta la idea de la justicia vinculándola a la vida de la república cuyo horizonte marítimo estaba cancelado. Principiamos a sentir y a pensar aguijoneados por la angustia, sin comprender claramente por qué causa el país soportaba el encierro y la humillación.

Nuestro espíritu se nutrió luego en el hogar, en la calle y en la escuela con el fraseario de los "cívicos" o de los "repúblicos", Salamanca, Saavedra, Ramírez, Iturralde: los grandes impugnadores del tratado de 1904 suscrito por el partido liberal. Ellos fueron la fuente de nuestra inicial inspiración y el reactivo patriótico contra los mercaderes que aconsejaban el conformismo.

Seguimos con los ojos absortos las grandes manifestaciones del republicanismo opositor en su lucha contra los "vende patria", los contratadores del empréstito Speyer, los defraudadores de la democracia en las plazas electorales, y en fin, los masones de la avanzada financiera internacional. Aprendimos entonces que en nuestra "democracia" los desastres de la política interna y externa provienen de la picardía, de las traiciones o de la estupidez, y que el pueblo está en el deber de luchar para librarse de sus malos conductores, de los pícaros, los traidores y los imbéciles.

Escuchamos con el corazón palpitante el verbo de los tribunos que agitaron al pueblo contra los "doctrinarios" que encubrieron sus abusos y desvergüenzas con las trampas legales; asistimos a la sangrienta represión del 5 de diciembre de 1917, a la degeneración del liberalismo descompuesto en las carcajadas, el cinismo y la orgía y a la revolución republicana del 12 de julio de 1920. Acompañamos a sus portaestandartes en los momentos en que el pueblo vibraba de civismo con fe en "los repúblicos" rodeados por Canelas, Espada, Gustavo Navarro y tantos otros portavoces y satélites de aquéllos. Y cuando la esperanza popular se abría ansiosa de ver florecer un régimen de libertades para el pueblo y de pujante esfuerzo reivindicatorio, vimos madurar los enconos y los odios entre los "Cívicos" al llegar la hora de las preeminencias y las prebendas presupuestarias.

Y estuvimos presentes otra vez en los comicios públicos donde el fraude y la violencia sepultaron de nuevo la "democracia" y la

soberanía del pueblo en la misma forma en que la enterraron los liberales.

Fuimos testigos del contubernio entre éstos y los genuinos contra el gobierno de Saavedra. Tuvimos conciencia de lo que significó la masacre de Uncía con que éste superó a Montes, castigador de los mineros de Potosí, aventajándole al suscribir el leonino contrato Nicolaus y al gobernar a patadas y a ciegas, corrompiendo al mestizo en la función burocrática y deprimiendo su aptitud gubernativa.

Vimos caer a Saavedra infamado, a Siles rodeado por la adulación y cubierto luego de oprobio por sus mismos aduladores en ruin complot con la finanza extranjera que determinó su caída.

Espectamos la falsa reconciliación simulada de los grandes caudillos del liberalismo, del republicanismo genuino y del saavedrismo y al llegar Salamanca al poder, después de la farsa de la "Unión Sagrada", confiamos aún en el "Hombre Símbolo", como en la promesa viviente del puritanismo democrático; y junto con el pueblo fuimos recogiendo la tremenda experiencia de los juramentos que a su turno quebraron todos los falsos demócratas de los oligárquicos partidos tradicionales.

Nosotros atestiguamos los preparativos de la guerra funesta del Chaco, desembocadura de los cincuenta años de gobiernos liberales que culminaron en 1932 con el paro de las minas, la desocupación, las huelgas, la agitación sindical en el hambre y la miseria, y la bancarrota del Estado agónico que no podía garantizar ya el presupuesto de la Nación.

En ese trance "democrático" conocimos mejor a los republicanos genuinos, a los liberales y a los saavedristas cuando arrastraron al país a la guerra solucionando así la crisis económico-política bajo el comando del "Hombre Símbolo", juguete de las grandes empresas internacionales, de la Standard Oil, de los fabricantes de armamentos, de los traficantes de la guerra, y víctima, sobre todo, de su atraso mental.

Y así como habíamos visto a la ciudadanía acudir a los comicios públicos para hacer frente al garrote oficialista, aleccionada por los demócratas que invocaban el principio de la soberania popular y la defensa de las libertades, vimos también a los mestizos e indios enrolarse a las filas del Ejército, cargando su miseria y su ignorancia y obsequiando sin embargo a la Patria su abnegación y sacrificio cuando los oligarcas invocaban a voz en cuello la defensa de la soberanía nacional.

Los hombres de las generaciones nacidas después de 1904 entramos a la vida política por la dramática compuerta de una guerra estúpida conducida por las traiciones de adentro y de afuera:

Esa fué la verdadera tragedia. Y en el momento en que arrancaba al país el grito lastimero de la derrota, constatamos pasmados que sobre la derrota se alzaba el éxito de las fortunas amasadas por los liberales, los genuinos y los saavedristas conjuncionados en la "rosca", progresando como los cuervos hinchados con la sangre de los mestizos y los indios a quienes inmolaron como a carneros, embraveciéndoles para lanzarse "en defensa de la soberanía nacional", después de amaes-

trarlos en la mansedumbre, hasta el grado de la estupidez y la abyección, para que no discurriesen jamás sobre el usufructo de la "soberanía popular", trocada en cimiento del despotismo y los privilegios de las oligarquías traidoras, derrotadas frente al extranjero, pero triunfantes sobre el pueblo oprimido.

Aplastándole gobernaron los partidos oligárquicos tradicionales, incapaces para defender la soberanía nacional, pues el pueblo esclavizado sólo actuó como instrumento de la oligarquía sin desarrollar jamás su potencial vitalidad, en la falsa democracia del fraude electoral en tiempo de paz y la traición de los negociantes en tiempo de guerra.

La "democracia", la "soberanía", las "libertades", fueron resortes de un solo truco antidemocrático que, manipulado por los grandes "estadistas", permitió burlar la buena fe del pueblo boliviano y entregar al extranjero las riquezas del país y el territorio de la Patria.

Por eso, la primera modalidad de la reacción nacionalista se expresó ya y se manifiesta en nuestra lucha CONTRA LA FALSA DEMOCRACIA ENTREGUISTA.

Contra el pseudo socialismo.

Nosotros estuvimos presentes en las revoluciones que derrocaron a Salamanca y a Tejada Sorzano, cabezas de turco de las oligarquías demo-liberales. Durante la guerra percibimos la palpitación del sentimiento popular cuya sed de justicia se traducía en el anhelo de castigar las traiciones con el exterminio. En ese clima moral hizo eco en la conciencia pública la invocación del SOCIALISMO, porque sólo el mensaje de redención socialista podía amortiguar la ira santa del pueblo oprimido cuyos hijos eran entonces dueños de las armas.

Sobrevino la revolución y cayeron los partidos tradicionales; mas no fueron derribadas las oligarquías; pues esa revolución no fué la revolución del pueblo boliviano cuyo instinto profundo oponía ante los agitadores, las reservas de su verdadera fe, desconfiando de los socialistas del día anterior, por mucho que los dirigentes de las agrupaciones de izquierda fuesen envueltos en la ola del entusiasmo revolucionario.

Nosotros atestiguamos las maquïnaciones ruines que desviaron la sincera inquietud del Ejército, distanciándole cada vez más del pueblo que le da vida con la fuerza de sus hijos. Compulsamos la lucha política que dentro de la institución armada opuso a la corriente verdaderamente popular bolivianista la sórdida influencia de los traficantes que medraron en la sombra, durante la guerra, sin cartel político ni presunta responsabilidad de "próceres", como ciudadanos del mundo y como explotadores sin Patria.

La revolución del Ejército Nacional fué la revolución desfigurada por un naciente capitalismo que encontró oportunidad en el descontento

del pueblo y en la confusión internacional, para hincar sus garras en nuestro país desplazando a las oligarquías tradicionales, repudiadas, y usando la máscara SOCIALISTA para enseñorearse mejor, sobre la Bolivia anárquica de la post guerra. Hochschild corrompió a Toro para que éste aplaste a Patiño junto con las viejas oligarquías que le rodeaban y no contaban ya para subsistir en el poder, con el aglutinante sentimental que dió a sus caudillos la fuerza del apoyo popular.

Los politiqueros que rodeaban a Toro, los jóvenes financieros en potencia, encontraron su oportunidad en el revuelto río socialista; y las élites de las agrupaciones obreras y estudiantiles cayeron de buena fe en la trampa pagando su error cuando las eliminaron por partes, expulsándolas del gobierno con ignominia o sin ella.

Nosotros seguimos junto con el pueblo la vergonzosa historia del "socialismo", de los contratos ruines y los contratistas "vivos", de los negociados y las coimas, de las sociedades entre ministro y negociante, de todas las formas de la corrupción que a través del Ejército se apoderó del Estado para debilitarlo más aún y aplastar al pueblo boliviano negociando con sus necesidades.

Todos asistimos al desarrollo de la técnica de mistificación socialista: el decreto preparado para que especule el socio, al alarde de la perspicacia y aun al culto del cinismo escandaloso en la vida pública y privada, a la descomposición sistemática estimulada por los judíos para destruir la sociedad desde los cimientos de la familia y del hogar.

Algo quedó, empero, de la revolución contra las oligarquías liberales: el pueblo y el Ejército nacionalizaron el petróleo. Subrayemos esta conquista con devoción pero siempre con recelo, pues la nacionalización de esa riqueza consultó también otros intereses que no eran los nacionales.

Todos asistimos al desarrollo de la técnica de mistificación; todos presenciamos: el injerto de explotadores mineros con la nueva oligarquía de los vividores "socialistas" a los que no consiguió apartar ni Busch cuando entró en la etapa de la rectificación política de postguerra asumiendo la Dictadura.

Sepamos comprender el sentido en que actuó ésta, que a pesar del sabotaje dirigido a veces desde los ministerios y que acechaba aún dentro del Palacio, restituyó al Estado con el decreto de 7 de junio, su imperio sobre los explotadores extranjeros del suelo boliviano, los saqueadores de la riqueza nacional y los responsables de la desventura de la Patria aniquilada por las continuas derrotas en la paz y en la guerra.

Reconstituyamos un solo episodio grandioso en la escena política de 1939, episodio al que todos asistimos, para consagrar el recuerdo de aquella efímera victoria del pueblo boliviano que el 15 de junio se reunió en masa y consolidó en el poder a un hombre valeroso como el soldado de Bolivia: joven, rudo y confiado como el pueblo, y que golpeó sobre la cabeza de la hidra imperialista en nombre de los indios y mestizos explotados, y entonces sí en defensa de la soberanía nacional.

Pero recordemos también la derrota de la Dictadura incongruente y encanallecida a espaldas del dictador: la traición que en este instante inicial de la afirmación nacionalista consumaban los traficantes de todo género para hundir al país. Busch cayó en el engaño con la misma santa ingenuidad que el pueblo de Bolivia.

Su misteriosa muerte malogró el primer esfuerzo de la bolivianidad para romper las cadenas de la opresión económica. Pero quedó en salvo para siempre este valor inapreciable que corresponde a la generación de Busch: la emoción nacionalista, fuerza que por sí sola es promesa de lucha contra los enemigos de la Nación.

Todos evidenciamos que muerto Busch cayeron sus colaboradores como títeres prosternados ante las oligarquías que nuevamente se encaramaron al poder, que desencadenaron sobre el pueblo zañuda ofensiva para la reconquista de los tradicionales privilegios y que agrilletan al Estado con furia insaciable.

Y llegamos al momento en que estalló la guerra europea, ocho días después de muerto el dictador, marcando una etapa histórica de universal quiebra para la democracia capitalista en el preciso instante en que los partidos liberales se disponían a restaurar su "democracia". La formación de la Concordancia de aquellos sectores, expresó la discordancia existente entre los intereses entrabados de los oligarcas y la necesidad de armonizarlos para la dominación del pueblo por todos los explotadores unidos.

Entonces ocupamos nosotros, en el llano, el puesto que el deber nos señalaba: frente a la Concordancia. Hombres que partimos de posiciones políticas diferentes o de agrupaciones distintas pero siempre opuestas a las oligarquías antinacionales, reconocimos la semejanza de nuestras inquietudes y la razón de ser de nuestra lucha, y formamos en la calle y en la plaza pública la primera unidad de la defensa nacionalista para resistir la embestida de las oligarquías concordadas que ganaban nuevamente la calle, escenario de la masa — que es y será siempre campo de la batalla del pueblo contra sus enemigos —, para conquistar la liberación económica.

Pero llegó al poder la Concordancia para falsear otra vez los principios de la democracia en connivencia con toda clase de aventureros; con esos aventureros que eran producto de la inmigración incontrolada o dirigida más bien como negocio privado.

Todos hemos visto cómo los advenedizos judíos contribuyeron a afirmar la profesión de fe democrática haciendo uso de las libertades y garantías para obtener ruidosos triunfos con estas formas típicas del progreso: el régimen de las coimas como base en los negocios con el Estado, los contrabandos, las falsificaciones, los monopolios vedados, la especulación descarada, el banquete, la hembra y la plata como fundamento del éxito...

Esta era la orquesta de la Concordancia que se convirtió ya en "Alianza Democrática", al descargar en el parlamento sus primeros golpes contra el Estado y el pueblo "revisando los atropellos de los gobiernos militares de facto" y prosternándose ante el capitalismo internacional que estimaba la afirmación "democrática" como condición previa para que se reanudase ventajosamente la penetración imperialista en nuestro país.

Con la restauración estaban creadas las circunstancias propicias para que recomenzara la rapiña internacional refrenada bajo la Dictadura de Busch. Pero al llegar a esta segunda fase el mundo estaba cambiado. La guerra europea causó fundamentales transtornos en la mecánica de la economía mundial, abatiendo poderosos factores que prevalecieron en tiempos anteriores y sustituyéndolos por otros nuevos.

En la segunda arremetida del imperialismo anglo-yanqui contra nuestro país, Patiño declinaba y las puntas de lanza que penetraban agudamente estaban representadas por la Standard Oil y por Hochschild.

Nosotros ampliamos entonces la primera unidad de la defensa nacionalista, fundando la UNION BOLIVIANA DEFENSORA DEL PETROLEO; y mientras el "socialista" Toro que en 1936 firmó el decreto de caducidad de las concesiones petrolíferas se unía con aquélla empresa, urgido por Hochschild, opusimos junto con el pueblo toda la fuerza de nuestra resistencia contra el "arreglo" propugnado por el Senado "pseudo-democrático" en agravio de la dignidad nacional.

Así como Hochschild fué capaz de enfrentar a Toro y sus "socialistas" contra las oligarquías liberales, fué también capaz de unirlo con éstas cuando las emergencias de la guerra europea deprimieron a Patiño y crearon circunstancias propicias apra la nueva composición y maniobra de la gran finanza imperialista antiboliviana.

En el enjuiciamiento de esta evidencia lucharon nuestros diputados con honestidad y valor civil que el pueblo boliviano consagró como la interpretación de sus anhelos y como la versión de su inquietud volcada en el examen descarnado de las causas de la desventura nacional bajo la garra imperialista.

Durante el gobierno de Peñaranda, la tendencia del socialismo al servicio de Hochschild y Aramayo dominante desde la post-guerra en el manejo político y económico, se disolvió en la "democracia" de guerra impuesta en América por la situación mundial, pero en ninguna parte con caracteres más aplastantes que en Bolivia. Pero esto contribuyó a definir con mayor claridad el sentido de la oposición nacionalista. Nos percatamos de que el país cayó en manos de un conglomerado de "estadistas" que militando en los partidos liberales o en el sector "socialista", se refundieron al calor del financierismo antinacional.

En la mundial crisis profunda de la "democracia de guerra", bajo la férula del imperialismo que se desdobla en las redes de las grandes empresas internacionales, con la inmigración enquistada en el país y con el Estado uncido al carro de la oligarquía entreguista, la Patria está siendo reducida a la expresión de una factoría.

Por eso la defensa nacionalista se manifiesta en la lucha CONTRA EL PSEUDO SOCIALISMO INSTRUMENTO DE LA FINANZA INTERNACIONAL.

Con el "Movimiento Nacionalista Revolucionario"

Fué preciso que obrase en nuestro país la acción continua y secante de las oligarquías que gobernaron desde 1898 con los partidos liberal, republicano genuino y republicano saavedrista, para que cada contraste fuese un golpe de experiencia capaz de abrir los ojos a la realidad de la vida nacional. No fuimos anteriores a ese proceso, pues encontramos nuestra orientación junto con el pueblo boliviano.

Después de la guerra del Chaco, hasta el 17 de mayo de 1936, terminamos de comprender que la "democracia del pueblo, por el pueblo y para el pueblo" sólo fué el gobierno de las clases oligárquicas, más que para usufructo de éllas, para beneficio del imperialismo anglo-yanqui. Constatamos que los principios de soberanía popular y nacional dieron por resultado la dominación de las clases gobernantes que redujeron el patrimonio de Bolivia a la tercera parte, entregando el Acre, el Litoral y el Chaco. Evidenciamos que las libertades y garantías proclamadas por los "doctrinarios" y "republicanos" fueron preciosas para las empresas internacionales que exportaron la riqueza de nuestro suelo, mientras perdimos nuestra libertad económica bajo la férula de los amos extranjeros.

Hasta poco antes de este siglo no conocíamos los ferrocarriles, la luz eléctrica, los tranvías ni los grandes ingenios mineros, pero no faltaban el pan ni el vestido en los más humildes hogares. Vivíamos en el atraso del blando des-

cuido patriarcal pero no en la miseria que esclaviza y humilla.

Los "doctrinarios" y los "repúblicos" nos pusieron en el ritmo de la "civilización" abriendo las puertas del país a las corrientes extranjeras para que entrase el progreso. Mas, en la marcha del progreso, ninguna de sus formas llegó hasta las grandes mayorías bolivianas y aún las clases acomodadas de terratenientes se empobrecieron.

Ferrocarriles y minas funcionaron con estruendo para negocio de los ingleses y no para beneficio nacional. Todo lo que dejaron hacer y pasar las oligarquías gobernantes, equivalió a facilitar el saqueo y la prédica que exaltó el espíritu de empresa no fué sino la genuflexión a la incontrolada empresa extranjera estimulándola a la rapacería segura.

La acción de los empresarios debilitó al Estado que es la Patria organizada, pues al Estado sólo le tocaba presenciar y proteger a los explotadores. El Estado boliviano fué siendo absorbido por el superestado de las empresas antinacionales y al cabo los bolivianos quedaron en el desamparo, porque llegó un momento en que las oligarquías no fueron ya dueñas de gobernar por sí mismas, siendo supeditadas por la omnipotencia del capital financiero que extrae siempre y no deja nada. Las oligarquías mismas, dentro del Estado débil, resultaron anémicas y están ahora abatidas por su bajo designio de tener que servir al extranjero oprimiendo a los bolivianos.

El Estado, disminuído, empequeñecido, careció de poder para asegurar la unidad nacional construyendo carreteras o ferrovías que pusiesen en contacto las zonas productoras apartadas con los centros vitales. Todo estuvo librado a la "iniciativa particular", en la "civilización" del estaño que no se interesó por tender rieles hacia el Oriente ni Sudeste. El abandono de esas ricas regiones, excitó la ambición extranjera. Los ferrocarriles construídos para negocio privado, ahogaron la producción agropecuaria con las tarifas elevadas, determinando el encarecimiento del costo de vida.

El progreso, en tales condiciones, nos ha hecho daño y no beneficio.

La guerra del Chaco puso en descubierto todas las antinacionales condiciones específicas del funcionamiento de nuestra maquinaria democrática. Los "estadistas" de las oligarquías pretenden que todas las responsabilidades por la derrota deben recaer sobre el Ejército. ¿Por qué? El Ejército actúa como la síntesis de las fuerzas nacionales. Si en la víspera de la guerra estaba el Estado "democráticamente" al borde de la liquidación, no podía el Ejército ser una maquinaria de aciertos y de éxitos, sino el reflejo de la descomposición. Queda en pie la responsabilidad de las mutilaciones de nuestro territorio sobre los partidos liberales; pero eso no exime la responsabilidad de los malos jefes que habiendo sido los favoritos de aquellos regímenes, no fueron capaces de cumplir sus deberes como los héroes del pueblo inmolados en la guerra.

La liberal política que dió paso al libre juego de los intereses extranjeros, hizo estragos en todo orden. Si la labor de los gobernantes se reducía a ceder a la influencia de las corrientes externas, la economía nacional fué moldeándose bajo la presión de intrincados negocios ajenos al bienestar del país. Al servicio de estos intereses se formó una mentalidad oligárquica antinacional que infundió su nocivo aliento a los tres poderes del Estado, hasta convertirlos en instrumentos destinados a consagrar el abuso del judío internacional. La acción del Ejecutivo, la política del Legislativo y los fallos de la Justicia, conspiran de una manera permanente contra los bolivianos, al servicio de la penetración imperialista en todas sus formas.

La obra de la diplomacia es el espejo de las oligarquías vencidas siempre ante el extranjero por su mentalidad tarada, carcomida, marcada con el estigma de eso que se llama "complejo de inferioridad". Este complejo se formó en el servilismo de las oligarquías deslumbradas por el oro que hizo brillar ante ellas el prestamista embustero.

Las oligarquías cultivaron y cultivan ahora más que nunca ese complejo mediante su prensa, distrayendo la atención de los bolivianos con las incitaciones de la literatura nociva que exalta las maravillas, las curiosidades y hasta los absurdos de otros países, deprimiendo sistemáticamente todo lo que es manifestación de potencia creadora india o mestiza, para dar paso al espíritu de la invasión

misma y a la mercancía extranjera o al interés creado del advenedizo que explota y se va.

La idea del negocio particular y sólo del negocio particular, corrompió a la clase gobernante hasta identificarla con los intereses extranjeros, enfrentándola contra el pueblo boliviano. La educación pública, siguiendo la pauta civilizadora de amaño extranjero, se encargó de ahogar el amor por la tierra nativa, indujo al menosprecio de nuestro pasado, de nuestros héroes y de todo lo que nos es más querido, abriendo las perspectivas del niño o del joven hacia la grandeza de los países poderosos que labran su prosperidad con la riqueza que nos saquean.

La mentalidad liberal, contraída al pongueaje, envenenó las fibras más íntimas de la sensibilidad patriótica. Ahí está Arguedas, el historiador de los "partidos tradicionales", deprimiendo sistemáticamente a los bolivianos por su condición de indios o mestizos, blasfemando contra el "cholo Murillo", padre de la libertad americana. He ahí cómo se destruye la tradición en las páginas de la historia, para dar muerte al carácter nacional que fluye de la tierra y que está en la sangre del pueblo. La penetración imperialista ha llegado hasta nuestro espíritu para esclavizarnos.

Pero no sólo a través de las oligarguías se ha infiltrado el virus que destruye la Nación. Así como las ideas liberales penetraron por medio de la internacional masónica, el internacionalismo disolvente, ha penetrado en el país, dosificado por el judaísmo que acecha por todas partes, ofuscando aún más en nuestro pueblo la conciencia boliviana.

Nuestros obreros, en nuestro país semicolonial, pretenden razonar como obreros de los países imperialistas, zafándose de la realidad en perjuicio de ellos mismos y de la colectividad. Nuestros obreros han aprendido a entonar la "Internacional", pero cuánto dista para que los internacionalistas judíos se identifiquen con las necesidades y sentimientos del indio y del mestizo, solidarizándose con éstos antes que con los "demócratas" judíos que ahora aprovechan nuestros minerales a costa de la miseria y el sufrimiento de los trabajadores bolivianos.

Es preciso confrontar las ideologías revolucionarias con la realidad nacional; es preciso despojarlas del contenido de traición que llevan en cuanto proclaman un dogma universalista cuya aplicación no cuadra al instante histórico que vivimos. Todos estamos en Bolivia bajo la dominación imperialista. Si la democracia imperialista nos explota internacionalmente como a Nación, la realidad nos pone en el caso de defendernos como Nación.

No podemos subordinar la conducta política de Bolivia a ninguna consigna extranjera. No podemos construir las garras de los rgandes traficantes que impusieron sus nuestro destino de Nación aferrados a la ideología universalista de una clase obrera que nace apenas en nuestro país, raquítica y exasperada frente a una burguesía inorgánica de la que no puede extraer ninguna ventaja, pues ésta se halla a su vez absorbida y con las manos atadas por la finanza extranjera, cierto que también con su pretensión histérica de ilusión burguesa, cuya ridícula expresión son los "estadistas" que funcionan como pongos traicionando a su clase y a la Nación toda.

El proletariado boliviano trabaja esquilmado por las grandes empresas internacionales. ¿Cómo puede liberarse económicamente mientras la Nación misma no se liberte de la dominación imperialista?

La burguesía semicolonial — curiosa burguesía que subsiste a sueldo, salario y coima — se halla tan esclavizada como el proletariado. Pero mientras éste se defiende con la acción sindical, con el paro y la huelga, aquélla lo hace con su servilismo al superestado de las Empresas extranjeras, oprimiendo a las clases medias y obreras. Mas al cabo todas las clases sociales, todos los bolivianos son mantenidos en la sumisión, achatados, sin horizonte de prosperidad bajo la opresión de las fuerzas internacionales que encadenan al país.

El obrero lucha por el mejor salario y las clases medias aspiran a formar la industria. Pero sobre ambos pesa la finanza internacional que funda su prosperidad en succionar al trabajador y en impedir la formación de la industria nacional, pues ésta excluiría la mercancía extranjera de la

gran industria, que recoge sus ganancias en el mercado semicolonial.

Millones de indios permanecen abandonados, produciendo como en los tiempos del Inca y consumiendo menos aún. El mercado interno no existe casi por esta exclusión de millones de bolivianos de la vida nacional. Así el país se mantiene en el estancamiento.

Bajo el dominio político de una absurda burguesía semicolonial de sirvientes de las grandes empresas antinacionales, las clases medias y obreras, el artesanado y los terratenientes intervienen en la comedia "democrática" desconcertados por la anarquía, exasperados los unos contra los otros por los fracasos y la miseria, por el desorden que cada uno atribuye al vecino pero que proviene de las bases falsas e injustas de la economía boliviana subordinada a las conveniencias extranjeras. Entretanto, la gran mayoría indígena soporta el peso del desorden social, produciendo siempre en los servicios más sacrificados, sin consumir casi pero conservando su alma y su espíritu como la raza inseparable de la tierra.

Si el desorden nos apercibe de los trastornos que sufre el organismo nacional debilitado por la explotación desmedida que no cesa, la situación internacional del país nos advierte que la crisis política interna deviene en la crisis de nuestra potencialidad como Nación. Mentras los países vecinos prosperaron y prosperan desarrollando sobre la base natural de la economía agraria, formando su industria, organizando su comercio y sus transportes, creciendo en la potencia de sus clases sociales y de sus ejércitos, en el nuestor se formó el superestado de las finanzas antinacionales que succionaron toda la riqueza y empobrecieron a los bolivianos. Ahora que el Estado boliviano agoniza, el poder político extranjero avanza sobre la nación debilitada.

No sólo el examen de la realidad nos muestra que nuestro país está cerca de la desintegración. Es el instinto profundo del pueblo mismo que nos advierte sobre los peligros que se avecinan; es la sensibilidad popular que se expresa en la angustia ante los signos siniestros que cada día patentizan la situación dramática de la Patria amenazada de muerte.

Todo nos induce a reconocer un principio ordenador en el caos material y moral que nos abate. Necesitamos acogernos a una disciplina superior que liquide una vez por todas los privilegios antisociales e inhumanos de quienes nos roban nuestra felicidad y nos mantienen en la esclavitud económica. Necesitamos un poder que concierte las actividades en las tres regiones del país, que ponga fin a la anarquía que nos consume; que acabe con el abuso despiadado que soportan los hijos del país y que haga de Bolivia la Patria orgánica, unida y fuerte.

Es imperioso, es impostergable y es elemental defender nuestra existencia como Nación. Por eso el MOVIMIENTO NACIONALISTA REVOLUCIONARIO lucha por la CONSOLIDACION DEL ESTADO Y LA SEGURIDAD DE LA PATRIA.

B O L I V I A N O S :

En el mundo de nuestro tiempo, convulsionado por causa de la injusticia social que engendra el desorden dentro de los Estados hasta desencadenar las guerras imperialistas, llevamos la carga de los mayores padecimientos, pues soportamos el peso de todas las injusticias como pueblo de un país semicolonial de indios y mestizos secularmente explotados.

Perdimos nuestra libertad económica desde el día en que el primer europeo pisó nuestro suelo. Sin el hierro ni la rueda, traídos por la civilización occidental, las subsistencias aumentaban siempre, la población crecía y el trabajo producía la felicidad social. Nunca pudimos desde entonces aprovechar las riquezas de nuestro suelo. Las minas diezmaron a los hijos de la tierra que padecieron hambre y miseria y el trabajo, para usufructo del extranjero, se convirtió en una maldición. Muchas generaciones sufrieron la esclavitud humillante contra la cual se alzó la raza de Pumackahua, Pinelo y Muñecas, defendiendo su existencia en la lucha sin tregua contra el invasor que dominó con la rueda, el hierro, la pólvora y la superstición.

Se formó una conciencia mestiza que amó la tierra nativa, que comprendió las patrañas de la "civilización" en-

maridada con la injusticia y que avizoró los horizontes del mundo convulsionado de 1810.

Cuando nuestros antepasados luchaban contra la Corona de España, un monopolio comercial era la cadena de opresión que nos unía a Sevilla o a Cádiz donde se vaciaba nuestra riqueza y desde donde eran racionadas nuestras necesidades y dosificada nuestra misma vida.

Ha transcurrido más de un siglo y estamos en una situación semejante pero en un grado aún más bajo de abyección ruin, porque los nuevos opresores que obedecen a las leyes del capitalismo absorbente no se detienen ni ante el temor de Dios.

Somos explotados como colonos y vistos como una raza inferior por los negociantes que asientan su privilegio en el poder del dinero y en la protección de las metrópolis.

El imperialismo extrae toda nuestra riqueza y empieza a monopolizar el comercio exportador. El Tribunal inquisidor de las "listas negras" elimina a los comerciantes nacionales y de esa manera un Consorcio exportador se apodera también del comercio importador. Los que tienen en sus manos el poder de exportar, tienen a la vez el control de lo que necesitamos traer, y este monopolio se adueña del país, ya no en nombre del Rey de España sino de la "democracia" y de la "libertad".

Vivimos en situación más humillante que hace un siglo. Desde el tiempo de la rueda y del hierro, la maquinaria de la explotación despiadada se ha perfeccionado con la electricidad, los ferrocarriles y los motores. La técnica y la civilización que forjaron la grandeza de otros pueblos sólo sirven para esclavizarnos.

Como nuestros antepasados, pongámonos a la altura del instante histórico. Comprendamos la realidad de este momento en que los pueblos explotados buscan redimirse de las garras de los grandes traficantes que impusieron sus sistemas de dominación económica junto con sus ideas y sus principios políticos, negando el valor del trabajo para humillarnos, combatiendo el amor a la tierra para despojarnos

de ella, proclamando que somos racialmente inferiores para destruirnos y beneficiarse, manteniéndonos en la ignorancia para gobernar con el mito del oro que amontonan encubriendo sus trampas con invocaciones idealistas, dividiendo las sociedades para esquilmarlas y burlarse de los débiles y los mansos...

Llevamos en nuestra sangre la herencia de los hijos del Sol.

Nuestro es el privilegio de la tierra nativa y de la riqueza. Nuestra es la tradición gloriosa de la revolución de la Independencia que puso a prueba el talento y el valor del mestizo y del indio. Nuestro pueblo lleva el genio de la naturaleza que se levanta desde las selvas por la escalinata de los llanos y que llega hasta el cielo en la aspiración infinita de las cumbres andinas.

Supimos desterrar al invasor de la Península pero nos entregamos confiados al "pionner" del Imperialismo que nos arrulló con la dulce canción de la libertad política y nos esclavizó económicamente. Es pues preciso que nos alcemos de nuevo para sacudir el yugo.

Reconstituyamos ante todo nuestro corazón y en nuestra mente, la tradición boliviana que los llamados "partidos tradicionales" destruyeron. Rechacemos el veneno que los traidores nos dosifican cada día para adormecer el espíritu de nuestro pueblo indomestizo. Levantemos con orgullo los blasones de nuestra estirpe indiana. Exaltemos las virtudes autóctonas del trabajo, la veracidad, la honradez y el culto del deber social para aplastar esta pseudo civilización de los vicios transplantados a nuestra Bolivia envilecida por los criminales negociantes sin patria.

Esto es el **MOVIMIENTO NACIONALISTA REVOLUCIONARIO**; la organización de los bolivianos para construir su destino en una Bolivia gobernada por bolivianos, **PARA LA LIBERACION ECONOMICA Y SOBERANIA DEL PUEBLO DE BOLIVIA.**

B O L I V I A N O S :

Los organizadores del **MOVIMIENTO NACIONALISTA REVOLUCIONARIO** tenemos un sagrado título para de-

mandar la fe de los hijos del país en la conducción del MOVIMIENTO: nuestra fe en el poder de los hijos del país para la conquista de la Justicia Social dentro de un Estado Nacional que asegure los beneficios de la producción y de la técnica para la sociedad boliviana, creando así posibilidades ciertas de concierto saludable con la vida de los demás pueblos.

En nombre de nuestra tradición, de nuestro pueblo y del porvenir de nuestros hijos, fundamos este llamado exigente a los obreros y campesinos, a los artesanos, propietarios de la tierra, profesionales, pequeños industriales, pequeños comerciantes, estudiantes y artistas para que se incorporen a las filas organizadas del MOVIMIENTO aceptando los siguientes principios como el credo que debe unirnos en nuestra consagración a esta lucha que impone todos los sacrificios, para que Bolivia no muera.

CONTRA LA FALSA DEMOCRACIA.

CONTRA EL PSEUDO SOCIALISMO.

CON EL MOVIMIENTO NACIONALISTA REVOLUCIONARIO.

PARA LA CONSOLIDACION DEL ESTADO Y LA SEGURIDAD DE LA PATRIA.

PARA LA LIBERACION ECONOMICA DEL PUEBLO BOLIVIANO.

Principios y Acción del "Movimiento Nacionalista Revolucionario"

1. — CONTRA LA FALSA DEMOCRACIA ENTREGUISTA.

Proclamamos el DERECHO DEL BOLIVIANO, hombre o mujer, como principio inspirador y fundamento de la organización del Estado, el funcionamiento de las instituciones y la aplicación o reforma de las leyes. Y exigimos la cancelación de los privilegios que permiten a los no bolivianos o a las empresas extranjeras, ejercitar derechos sin estar sujetos a las mismas obligaciones que los bolivianos.

2. — CONTRA EL PSEUDO SOCIALISMO, INSTRUMENTO DE UNA NUEVA EXPLOTACION.

Denunciamos como antinacional toda posible relación entre los partidos políticos internacionales y las maniobras del judaísmo, entre el sistema democrático liberal y las organizaciones secretas y la invocación del "socialismo" como argumento tendiente a facilitar la intromisión de extranjeros en nuestra política interna o internacional, o en cualquier actividad en la que perjudiquen a los bolivianos. Exigimos la prohibición absoluta de la intervención de accionistas o capital extranjero en los periódicos, revistas y demás publicaciones. Exigimos una ley que obligue a las empresas periodísticas o de cualquier género de publicidad a declarar ante las autoridades civiles o militares cuando contraten servicios de redactores o colaboradores extranjeros especificando los salarios que les paguen y los servicios que aquellos presten. Exigimos la prohibición abso-

luta del ingreso de extranjeros al Ejército para el Comando de tropas, salvo como profesores de la oficialidad, previa aprobación mediante ley. Exigimos la formación de un registro de todos los empleados dependientes de las empresas extranjeras con especificación prolija de antecedentes, sueldos o salarios, bajo la vigilancia del Estado Mayor del Ejército. Exigimos la prohibición absoluta de la inmigración judía y de cualquier otra que no tenga eficacia productora.

3. — CON EL MOVIMIENTO NACIONALISTA REVOLUCIONARIO.

Afirmamos nuestra fe en el poder de la raza indomestiza; en la solidaridad de los bolivianos para defender el interés colectivo y el bien común antes que el individual, en el renacimiento de las tradiciones autóctonas para moldear la cultura boliviana y en el aprovechamiento de la técnica para construir la Nación en un régimen de verdadera justicia social boliviana, sobre bases económica y políticamente condicionadas con sujeción al poder del Estado. Exigimos la voluntad tenaz de los bolivianos para mantener ante todo la propiedad de la tierra y de la producción, su esfuerzo político para que el Estado fortalecido, asegure en beneficio del país la riqueza proveniente de la industria extractiva, y su acción individual para formar la pequeña industria. Exigimos el concurso de todos para extirpar los grandes monopolios privados y que las actividades comerciales minoristas sean desempeñadas exclusivamente por bolivianos. Exigimos el estudio, sobre bases científicas, del problema agrario indígena con vista a incorporar a la vida nacional a los millones de campesinos marginados de ella, y a lograr una organización adecuada de la economía agrícola para obtener el máximo rendimiento. Exigimos la nacionalización de los servicios públicos. Exigimos la orientación de la enseñanza pública con sentido nacionalista, el fomento del arte vernacular en todas sus ramas, de las industrias preciosistas populares y el destierro de todos los espectáculos nocivos para el carácter nacional y el bien de la colectividad. Exigimos el respeto al profesor de Estado y el respaldo decidido de las autoridades civiles y militares

para el maestro rural. Exigimos la organización y el fomento de la educación indígena sobre bases económicas y pedagógicas que respondan a nuestras posibilidades y a nuestra realidad. Exigimos la unión y el esfuerzo de las clases media, obrera y campesina en la lucha contra el superestado antinacional y sus sirvientes. Exigimos la activa intervención de los trabajadores, de los profesores, estudiantes, artistas e intelectuales en la tarea de revitalizar la conciencia boliviana y robustecer el carácter nacional por todos los medios. Exigimos la más íntima y eficaz solidaridad de los bolivianos en la lucha contra el espionaje.

4. — POR LA CONSOLIDACION DEL ESTADO Y LA SEGURIDAD DE LA PATRIA.

Denunciamos como una traición al país la "política del ahorro" que se basa en la reducción de los sueldos de los servidores del Estado y en la tolerancia del ausentismo de capitales. Denunciamos como una traición al país los "contratos legales pero inconvenientes" con el Estado. Exigimos la subordinación absoluta de las grandes empresas que operan con el exterior al Estado Boliviano, sin apelación de ninguna clase. Exigimos la inmediata dotación de equipos modernos al Ejército con la intervención activa de la oficialidad probada en la guerra, la organización de la defensa contra el espionaje, el retiro de los jefes de más de 55 años y la instrucción de los institutos militares con sentido de cultura política nacionalista. Exigimos la construcción del F. C. Cochabamba - Santa Cruz y del F. C. Sucre - Camiri. Exigimos la ejecución inmediata de un plan de vinculación de las provincias con las capitales. Exigimos la protección del niño desde su gestación, por todos los medios y en todas las situaciones, como el primer deber del Estado. Exigimos la prohibición absoluta del trabajo de los niños.

5. — PARA LA LIBERACION ECONOMICA Y SOBERANIA DEL PUEBLO DE BOLIVIA.

Exigimos una ley que reglamente el trabajo del campesino de acuerdo a las peculiaridades de cada región, sin modificar las costumbres impuestas por el medio geográfico pero garantizando la salud y la satisfacción de las necesidades del trabajador boliviano. Exigimos que toda obra de colonización tenga en vista hacer de todo boliviano, hombre o mujer, propietario de la tierra. Exigimos una ley que reglamente las condiciones de trabajo de los obreros y empleados sindicalizados de las empresas internacionales, constituyendo un organismo permanente para el reajuste de sueldos y salarios y para evitar el malestar social. Exigimos una ley de Seguro Social Obligatorio y la cancelación de los organismos que entraban el cumplimiento de las leyes sociales o sus beneficios para los bolivianos. Exigimos un estatuto de servicio civil que ampare, asegure y reglamente las funciones de los empleados públicos, hombres y mujeres. Exigimos la pena de muerte para los especuladores, usureros, contrabandistas, falsificadores, sobornadores de funcionarios públicos y traficantes del vicio. Exigimos la identificación de todos los bolivianos con los anhelos y necesidades del campesino, y proclamamos que la justicia social es inseparable de la redención del indio para la LIBERACION ECONOMICA Y SOBERANA DEL PUEBLO DE BOLIVIA.

Y ahora, ¡bolivianos! Bolivianos de este tiempo de ventura para los extraños y de miseria humillante para los hijos del país; ante las pasadas glorias de nuestra raza y ante el recuerdo sagrado de nuestros héroes, levantemos el voto solemne de nuestra consagración a la Patria que es nuestro hogar común. Está en marcha el MOVIMIENTO NACIONALISTA REVOLUCIONARIO. Que nadie preten-

da interrumpir su curso. Está en función salvadora la fe nacional. Con ella hemos de conquistar nuestro destino. Con el poder incontrastable de nuestro Movimiento, hondo y apasionado hasta el sacrificio de la vida, por Bolivia (1).

7 de Junio de 1942.

COMANDO DEL MOVIMIENTO: VICTOR PAZ ESTENSSORO, Jefe. — Rafael Otazo. — Fernando Iturralde Chinel. — Alberto Mendoza López. — Hernán Siles Zuazo. — Augusto Céspedes. — Germán Monroy Block. — Carlos Montenegro. — Wálter Guevara Arze. — Jorge T. Lavadenz. — Rodolfo Costas. — Raúl Molina Gutiérrez. — Arturo Pacheco.

---

(1) Estas Bases y Principios de Acción Inmediata del MOVIMIENTO NACIONALISTA REVOLUCIONARIO fueron escritos por José Cuadros Quiroga, por encargo del Comité Organizador, y examinados, revisados y aprobados en junio de 1942, tiempo en que dicho Comité se constituyó en Comando del Movimiento, de acuerdo al sistema de organización de la entidad política.

¡ ABAJO LA TRAICION !